

I

Violación por el padre

(Abhor habla a través de Thivai)

Érase Abhor, mi pareja, parte robot y parte negra; me contó de su infancia:

Mi abuela

La madre de mi padre. Vino de ella. Y ella venía de una familia judeoalemana rica de verdad.

Pero cuando aún era niña, por todo el lío de la mierda nacionalista pre-nazi en Alemania, ya sabes, su familia tuvo que dejar Alemania. No un exilio político exactamente. Más bien un exilio político... voluntario. Para escapar de esos guetos pre-nazis la familia tuvo que pagar, de sus arcas. El dinero es el precio y el coste de la huida política. El dinero era el precio y el coste del capitalismo. Pero ahora hay multinacionales. Nana (mi abuela) llegó a París con sus padres sin un céntimo.

Como muchos pobres, sus padres la pusieron a hacer la calle. A ganar dinero. Tenía la edad adecuada, diez años. A esa edad mi abuela era guapa. Ya de niña su belleza era casi equiparable a su determinada terquedad para ser alguien y sacarle partido a la vida. No estaba dispuesta a prostituirse eternamente. A medida que se hacía mayor, mi abuela se volvió más obstinada.

Soy terca y determinada.

Había un chico, obrero adolescente. Con aire de zorro tímido;

tenía los ojos casi juntos, y una fina boca colgada de oreja a oreja. Este chico, hermoso casi como un pelo del coño de mi abuela, amaba a mi abuela desde una cierta y fantasiosa distancia. La observaba saltar de un fulano a otro.

Al cabo de un tiempo, el tiempo que precisa el deseo para vencer la timidez y anular la distancia, el chico y Nana empezaron a pasear por las calles, cogidos muy fuerte de la mano, tanto que el sudor chorreaba sobre la calle agreste en las jornadas de calor, entre, cliente y cliente o en los interludios sangrantes del duro trabajo. Según Karl Marx, este continente se abrió hace cien años. ¿Qué continente? El continente del apocalipsis capitalista o teleológico. En el mundo occidental decimonónico, la gente que se aventuraba en este nuevo continente eran los militantes de la lucha de clases revolucionaria y fue por eso que el capitán de sub-escuadrón al mando del distrito tomó a Nana y al chico (que también era su chulo) por terroristas.

Nada que ver con la realidad. Alexander, el chico, era inocente. A los seis años, jugaba a autoproclamarse tatataranieto de Alejandro Magno. Le encantaban las serpientes. Su madre, una auténtica víbora, apenas llegó a ser una mierda de madre que lo maltrataba y le gritaba por nada cuando le venía en gana, una zorra narcisista de pies a cabeza, siempre lista para humillar a Alexander hasta hacerle creer que estaba muerto. Un afecto nada deseable. Como un guerrero que se bate a muerte, Alexander estaba condenado a adorarla de por vida. Creció en medio de esa guerra. Creció en la guerra. Creció, más bien se negó a crecer, flotando en un tiempo suspicaz, amorfo, como un animal salvaje. De ahí su aspecto de zorro joven y bizco.

Incapaz de percibir a nadie fuera de sí mismo y exageradamente romántico, Alexander amaba a mi abuela a través del odio. La amaba queriendo matarla y sacarla así del arrabal del lenocinio.

Nana y el chico caminaban por las calles abrasadas al sol, con

el cerebro igualmente abrasado, cogidos fuerte de la mano. De haber podido, se hubieran matado el uno al otro.

El poli de sub-escuadrón se les adelantó. Una noche, al no haber cubierto la cuota diaria de arrestos necesaria para mantener su sórdido empleo, optó por encerrar a mi abuela. Y encerró a *lo* que creyó su chulo. Encerradlos a todos. Escoria. Sacad la miseria de las calles y devolvedla muerta a donde pertenece.

Pero Nana estaba en el ajo: su auténtico chulo la sacó de la cárcel. A las veinticuatro horas, sólo para recordarle su lugar en el orden de las cosas, poniendo que existiera orden alguno. Mi abuela jamás lo olvidó. Alexander era inocente, pampoco pertenecía al gremio, de modo que no hubo chulo que pagara su fianza.

Alexander era inocente, tanto que rozaba la estupidez. Estúpido por considerarse inocente. Y tal vez lo fuera, pero no había captado la onda del mundo. Creía que en su inocencia, en su no chulería y peór aún, creía en la justicia de los tribunales, lo cual, a su juicio, lo eximiría de pagarle a un abogado. Creía que los abogados sólo se enriquecían con la culpa. El tribunal le asignó al muchacho un abogado de oficio. El picapleitos nunca apareció por el juzgado, así que Alexander hubo de llevar su propia defensa. El madero del sub-escuadrón declaró lo esperable de un madero de sub-escuadrón que persigue mantener el orden de las cosas. Presumiendo siempre que dicho orden exista.

El asunto -caso- se despachó cinco minutos: el juez dio números a la acusación; la acusación dio números al juez; pin pan y en cinco minutos, fuera. Al final el juez dio algunos números más. Un tío con pinta de extra en un filme de monstruos condujo, por así decirlo, a Alexander a través de varias puertas hasta una celda vacía.

Semanas después lo sacaron de prisión y lo devolvieron a la calle. No tardó en comprar una recortada en la primera casa de empeños, se metió luego unos cuantos cuchillos de cocina afilados en el cinturón y volvió a la calle dispuesto a acabar con el

sub-escuadrón al completo. Trató matarlos a todos. Tenía diecinueve años. Un romántico. Logró acabar con cuatro. Los polis tuvieron que clavarlo a una pared para neutralizar aquella fuerza fruto de la locura.

Ellos (los jueces) condenaron a muerte al muchacho.

Fue una de las últimas revueltas decimonónicas de los inexistentes contra sus controladores económicos.

Parte del cometido de la policía ha sido siempre ir contra todos los que no son uno de ellos. Para un poli, el oficio es naturaleza. Los maderos se aseguraron de que el juez -otro de los suyos- condenara al muchacho a una muerte inmediata.

La noche de la ejecución del muchacho la luz, la única luz, era rosa-silla-luz-verde-violeta-violenta-carne. Todas esas gentes, atormentadas por el crimen y la miseria en la Sección de la Desolación, convergieron en ese lugar: la cárcel donde se perpetraban las electrocuciones. Una cárcel flanqueada de hogares burgueses, incapaces de ver otra cosa que la televisión, ciegos ante el mundo. Decían «ojos que no ven...», mientras los muros del penal se alzaban hasta el entrecejo de dios, si es que hay dioses entre los pobres. Intramuros, los tullidos, físicos, mentales y sociales, arrastraban en soledad sus apesadumbrados pies.

La poli a lomos de sus monstruosos caballos negros forzó a los desolados contra el muro. Pero la masa, harta y cabreada, devino incontrolable. No hubo bestia negra o bípeda capaz de abrirse paso entre aquel enjambre de mugre humana.

En la sequedad del alba, la luz era agua, y las ondas eléctricas instantáneas descargaban como lluvia sobre el cuerpo del muchacho: la masa rugió como ola gigante: «Asesinato. Nos asesinan».

Los polis cargaron contra aquella muralla de carne y de repente todo se convirtió en algo distinto. En sangre y viento de cambio. Así comenzó mi infancia.

La pobreza le enseñó a Nana que la sociedad no es más que una trampa sucia. Terca y decidida a no convertirse ella en una

trampa sucia de los ricos, y sabiéndose muerta e inhumana gracias a la propia muerte, Nana logró su objetivo. Se casó con un hombre rico, uno de los dueños del distrito textil. Los pobres pueden responder al crimen de la sociedad, a su privación económica, al atraso, al primitivismo, a la demencia, al aburrimiento y a la desesperación sólo mediante el crimen colectivo o la guerra. Uno de los recursos empleados por el crimen colectivo es el matrimonio.

Quizá cobrar consciencia de lo que el matrimonio significaba para mi querida abuela, me haya impedido amar sexualmente o aceptar el amor de otro ser humano. Sólo conozco el amor a través del odio.

Papi

Thivai. El inicio de cualquier persona debe ser el inicio del mundo. Para esa persona.

Así es para mí.

Al principio, Thivai, no había animales. O sea, animales salvajes. Oh, había perros y gatos, que están a medio camino entre los humanos y los animales de verdad. Los gatos estaban flacos como cuchillos. Cuchillos depredadores que corrían calle abajo. Como en Detroit. Ninguna humana podía andar por la calle sin que corriera la sangre.

Las calles eran en realidad una sola, un poco de acera en paralelo a la costa casi hasta llegar a la bahía.

Atrás iban quedando trozos rotos de acera, setos densos, multiformes, inaccesibles a los humanos; setos que crecían retorcidos de la roca, la única tierra, la más dura; una tierra rocosa que a menudo erigía montañas hasta confundirse con el aire.

La roca se volvía aire.

La luz primera era aire sobre el mar. Rara. O una calima semejante a la náusea humana. Justo debajo yacían las masas superiores

de agua, crespándose en forma de olas, lejos de ser luz, tan sólo manchas cambiantes de color; lejos de ser luz.

Al igual que la roca se había vuelto cielo, la luz se tornó agua.

Su superficie una joya intasable. La roca emergida se apareaba con la neblina en la distancia.. Todo era bruma, sejemante a la náusea humana.

Ése fue el principio de este mundo repugnante; al día siguiente la roca horadó una cueva con capacidad para mucha gente y a la vez morada de enormes gusanos negros con patas blancas que iban y volvían a rastras del lecho oceánico. Un burro dormitaba al sol radiante de la tarde. Su cabezota yacía junto a la de un perro aún más grande que también dormía. Las abejas eran enormes-como caballos.

Papi era el único hijo de Nana. Lo adoraba. Lo consentía. Componían un mundo estanco, cerrado.

Papi nació cuando Nana era aún muy rica. Un chico precioso: pelo azabache espeso y ojazos a juego. Volcado desde siempre hacia mi abuela, el mundo exterior carecía de moral para él. No hay moral donde no existe actividad social. Mi abuela lo amaba tal cual, y prescindió de enseñarle nada.

Esta sustitución de la moralidad por el primitivismo, anárquico (en su sentido apolítico), le conferió a mi padre su encanto. Un encanto que no sólo cegaba a sus padres, sino también a todos los vejestorios maestros de escuela, que pasaron por alto su completa carencia de conciencia social y de educación. La política para mi padre fue siempre un agujero. Padres y maestros lo regañaban con la sola indulgencia de quien amonesta a un gato faldero. Si lo castigaban, mi padre sabía que en realidad estaban elogiando su rareza. Cuando Papi cumplió los doce, mi abuelo, al que todos consideraban un santo, y Nana decidieron suicidarse; no podían vivir el uno sin el otro.

Papi, que entraba por entonces en la pubertad, heredó seis millones de dólares. Ambas cosas –sexo y dinero– deben guardar

alguna relación, porque desde la noche en que perdió la virginidad, Papi nunca tuvo problemas para follar. Los amantes eran hombres y mujeres a los que lisonjeaba, sin el menor anhelo de amor. Papi era Papi, y no necesitaba a nadie. No podía concebir la idea de anclarse a otro ser humano sólo por sexo.

Su belleza fue en aumento al hacerse mayor. A los cuarenta se casó para propagarse. El sexo se unió al dinero. Ella se casó con él azuzada por su madre, de cuna mucho más pobre. Tenía quince años, y como mi padre, también adoraba a su madre.

El único hombre al que llegó a querer fue mi padre. Ella, en cambio, a él le importaba una mierda. Se casó con ella sólo para tenerme a mí. Yo le importaba. Su obra. Suya. Recibí la misma educación que él.

Me parecía a él. Olía como él. Aprendía como él. Mi padre se había propagado.

Fruto de esa educación es mi falta de interés por la política, jamás leo un periódico. Fruto de esa educación es que me gusta meterme en líos. Fruto de esa educación es que no sé nada del mundo. Fruto de esa educación es que soy imbécil.

Mi madre odiaba mi forma de ser. Yo percibía su odio, sus ganas de matarme disfrazadas de obligado amor materno.

Esa confusión semejante a la náusea, me llevó a quejarme a Papi de su frialdad y su falta de amor hacia mí... Me respondió tajante, delante de ella, que claro me quería, dado que era mi madre. Con la mirada de Papi clavada en ella, mi madre se guardó muy mucho de abrir su estúpida boca.

Papi jugaba conmigo a toda clase de juegos. Me enseñó a lanzar un balón de rugby. Me enseñó gimnasia. Me entrenó hasta que alcancé una perfección física absoluta.

Entonces me enseñó un último truco. Me mostró cómo enterrarme una cuchilla de afeitar en el antebrazo. Sólo por diversión, nada más. Así, aprendí a aproximarme y a entender la naturaleza, a cultivar flores gigantes, rosas que al abrirse goteaban sangre

sibre la tierra a sus pies, mi cuerpo temblaba luego durante horas. Durante esas horas fantaseaba con mi propia sangre regando el mundo ajeno a mi cuerpo. Me aliviaba no tener que tomar decisiones.

Papi nunca me lo puso fácil. Me obligaba a vivir al borde afilado de un ataque de nervios, en una incertidumbre constante. No quedaba otra que vagar sin rumbo. Los nervios me dolían cada vez más. Odiaba a la gente que, como mi madre, aceptaba lo fácil —moralidad, usos sociales. Papi me enseñó a vivir en el dolor, a saber que no hay nada más. Y yo, ante tales complejidades, confiaba en él.

Por lo demás yo era del todo ingenua. De hecho creía que un hombre y una mujer se apareaban frotándose sus culos. No alcanzaba a entenderlo. Creía que la mujer luego paría como quien planta un pino. De sólo imaginarlo se me iban las ganas de pasar por algo así. La única persona a la que quería era mi padre.

Un día Papi me dijo que tenía algo que contarme.

«¿Qué tienes que contarme?». Estaba tan callada, estaba muerta. Mis nervios afilados como agujas.

«¿Conoces a tu madre?»

No quería conocer a mi madre.

«Tu madre no es tu madre de verdad.»

Me daba igual. «¿Quién es mi madre?» pregunté despreocupada.

«No la recuerdas. En cuanto saliste de su coño, te donó al hospital. Nana y yo te recogimos. No intentó volver a verte. Nunca.»

«No hablamos de ella» dijo la que ahora se convertía en mi madrastra.

«No hablamos de ella porque estaba loca, Abhor. Es la única mujer a la que he amado. Eres clavada a ella. Me recuerdas a la mujer que amé, Abhor.»

Esa mujer falsa ya no existía. Yo existía.

Me di cuenta de que mi padre me odiaba y me amaba porque

tenía que hacerlo. Esa mezcla total de atracción y repugnancia calmaba mis más primarios temores, forzándome hacia él cada vez más. Yo era su espejo. Su caballero. Era fuerte-audaz-leal-inquisitiva. Habría hecho lo que fuera por que me quisiera desde la distancia. Pero para entonces mi madrastra llevaba ya tiempo desterrada a su casita burguesa de verano.

¿Que cuándo empecé a follar? Oh, empecé a follar, Thivai, a los catorce años. A esa edad me importaba un carajo con quién, porque todo chico que me follaba me quería. Follar era amor. No como ahora. Ahora ya no voy follando por ahí. Ahora sé que nosotros, todos nosotros, sabemos más de lo que sabemos que sabemos, en eso consiste el saber humano, tampoco entonces sabía exactamente lo que era follar y no sabía qué les parecía a mis padres que yo follara y con todo sentía culpa por estar follando. Sabía que Papi me mataría si me pillaba follando, no sé cómo pero lo sabía.

Una vez estaba en el cuarto de baño, follándome a un chico. Papi volvió a casa. Oí el portazo al entrar. Me quité la ropa y salí corriendo a su encuentro. «¡Hola! ¡Hola!». Lo besé. A todo esto sólo conservo una foto de mi infancia. Tengo tres años. Mis brazos aferran las caderas de mi padre. «¿Te traigo un poco de Jack Daniels?»

Papi no era alcohólico. Bebía los típicos seis martinis por la noche. Mami no daba tregua a su retahíla moralista y lo tachaba de borracho.

Sabía que diría «sí». Papi no sabía decirle que no a Jacky Daniels. Los chicos que me follaba eran una panda de homosexuales. Cuando Papi se fue a la alcoba, abrí la puerta principal y saqué a escondidas al muchacho con el que había estado jodiendo.

Volví a su dormitorio parisino con el Jackie. Se lo pasé a mi padre, de cuyo dedo índice colgaba una corbata de chico que había encontrado en la bañera. No se tragó mis mentiras. Se sentó en la cama, como hacía siempre. Estaba a punto de romper a llorar.